

LA POLIS ACOSADA. CHILE UNA DEMOCRACIA EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE*

Carlos P. Zúñiga J.^Φ

*“...Si queremos que todo siga como está,
es necesario que todo cambie...”.*

Giuseppe Tomasi de Lampedusa

Resumen

La reflexión que proponemos en este documento gira en torno a dos ideas centrales: una mirada preliminar a los cambios que observamos, desde la segunda mitad del siglo XX, en el carácter de la política y algunas interrogantes sobre la *transición* a la democracia en Chile, como catalizadora de esos cambios. Nos proponemos bosquejar, por una parte, los cambios que observamos en la configuración y definición de lo político y la política desde la década del noventa. Y por otra parte, exploraremos algunos de los efectos de la *transición* sobre la sociedad chilena, intentando entender la falta de resistencia frente a los avances y abusos del modelo neoliberal.

Palabras claves.

Política- transición democrática-sociedad chilena- neoliberalismo

Abstract

Here we present a deep insight thought about two main ideas: a preliminary view of the changes we observe from the second half of the 20th century as far as politics and questions about the transition to democracy in Chile are concerned. We will sketch the changes we see in the

* Una versión de éste trabajo fue presentada en el seminario “Debate sobre Democracia y Autoritarismo” del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina, Universidad ARCIS.

^Φ Formado en Historia y Geografía, por la Universidad de Concepción. Diplomado en Ciencias Políticas Aplicadas, Universidad de La Frontera-CEADE-Universidad de Chile. Magíster en Ciencias Sociales Aplicadas, Universidad de La Frontera-Université Paris XII Val de Marne. Estudios de doctorado en “Estudios de las Sociedades Latinoamericanas”, Universidad ARCIS. Actualmente se encuentra desarrollando el Doctorado en “Procesos Sociales y Políticos Latinoamericanos”, en la Universidad ARCIS. Ha ejercido docencia en pre grado y post grado en distintas universidades regionales y nacionales.

formation and definition of politics in the ninety's. On the other hand, we will get in deep the effects of the transition period upon Chilean society trying to understand the lack of resistance against the abusive neoliberal model.

Key words: Politics, democratic transition, Chilean society, neoliberalism.

1. Presentación

La reflexión que proponemos en este documento gira en torno a dos ideas centrales: una mirada preliminar a los cambios que observamos, desde la segunda mitad del siglo XX, en el carácter de la política y algunas interrogantes sobre la *transición* a la democracia en Chile, como catalizadora de esos cambios. Nos proponemos bosquejar, por una parte, los cambios que observamos en la configuración y definición de lo político y la política desde la década del noventa. Y por otra parte, exploraremos algunos de los efectos de la *transición* sobre la sociedad chilena, intentando entender la falta de resistencia frente a los avances y abusos del modelo neoliberal.

Las transformaciones socioculturales que se instalaron en Chile, como parte del diseño sociopolítico de la dictadura, permitieron el tránsito de una sociedad organizada desde el Estado a una sociedad organizada crecientemente desde el mercado (García Canclini, 1995), generando cambios profundos en la sociedad y la cultura chilena. Una de las hipótesis de trabajo que manejamos es que como consecuencia de las reformas neoconservadoras impuestas por los militares desde 1973, la sociedad chilena fue incorporando elementos propios del imaginario burgués. Ante las nuevas posibilidades que ofrecía el mercado se establecieron nuevas definiciones en torno a lo sagrado, el trabajo, el dinero, las relaciones sociales, los valores, etc.

Este diseño sociopolítico, se proyectó en la década del noventa debido a la voluntad política de la élite de la "Concertación de Partidos por la Democracia" que fue capaz de

controlar la efervescencia social, que generó el fin de la dictadura, limitando las manifestaciones del movimiento social y estableciendo nuevas condiciones para la política, distintas a las que se habían dado desde fines de la década del treinta hasta 1973, centrada en los movimientos de masas. La política de la *transición* y/o de los consensos, es una política eminentemente cupular, a cargos de élites tecnocráticas.

El diseño sociopolítico concertacionista, heredero del diseño dictatorial, se instaló durante el ambiguo y complejo período de la *transición*, donde observamos procesos políticos y culturales de carácter fundacional. Para referirnos a los cambios políticos que implicó el paso del autoritarismo a la democracia identificamos una “transición corta” (1989-1990). En cambio las transformaciones que se producen en la cultura, la “transición larga”, involucraron un período de tiempo mayor, más o menos desde el año 1980 hasta el año 2000. Período donde creemos se producen los cambios en la cultura asociados al consumo.

El retorno a la democracia se hizo con la expectativa de cambiar el “modelo”, sin embargo, en la medida que avanzamos en la década del noventa esos deseos de cambio se fueron diluyendo, tanto en la élite concertacionista como en su base social. El anhelo de esta élite por conseguir una “transición exitosa”, los llevó a desplegar un conjunto de negociaciones - con pequeñas y grandes conspiraciones- con políticos de derecha, militares y empresarios que los fueron atrapando en redes sociales e ideológicas. En tanto, en la base social, un molesto conformismo con las “bondades del modelo” fue limitando su capacidad de reacción.

2. Especulaciones en torno a la política en Chile

La política chilena ha estado orientada por la construcción de ciudadanías. Durante el s. XIX “ciudadanía patricias” y durante el siglo XX “ciudadanías plebeyas”. En un escenario que oscilará entre el autoritarismo y la democracia, se fue configurando una ecuación no del todo nítida: a mayor autoritarismo, mayor desarrollo de las “ciudadanías patricias”; a mayor

democracia mayor desarrollo de las “ciudadanía plebeyas”. El siglo XX estableció un tránsito hacia la profundización de la democracia, con una serie de matices que han llevado a los científicos sociales a construir algunos reduccionismos al simplificar este proceso político. “En el Chile del siglo XX, 1920-1973, la democracia no fue el régimen político predominante. Cuando existió no fue pacífico ni estable. Por lo tanto no tuvo la duración que las Ciencias Sociales nacionales como extranjeras le atribuyen (...) el régimen democrático nacional no tuvo 41 años de existencia como tradicionalmente se sostiene sino 13 años, de manera que su corta existencia va entre los años 1958-1973, siendo precedidos por regímenes políticos de carácter no democráticos. Entre 1932 y 1948 se desarrolló un régimen político semi-democrático excluyente y entre 1948- 1958 un régimen autoritario electoral...” (Gómez Leyton, 2004, 8-9). Con todos sus vicios y limitaciones, ese escenario fue creando las condiciones que permitieron la profundización de la democracia.

A fines de la década de 1960 se configura con mayor nitidez la “ciudadanía plebeya”. “La democracia plena, alcanzó en Chile su máximo desarrollo entre los años 1967 y 1973”(Op. Cit. p. 10). La polis en su mejor expresión. En este período decantan una serie de procesos que se venían conformando desde principios del siglo XX. Dicho en conceptos de la época, la “sociedad moderna” y la “sociedad tradicional” coinciden en el ágora, lo que provocará que afloren viejas y nueva tensiones. “...La democracia chilena existente entre 1958 y 1973 fue una democracia eminentemente subversiva; por ende, conflictiva, inestable y con importantes grados de violencia política...”(Op. Cit. p. 9). Sin embargo, esa misma convulsión social da cuenta de una importante profundización de la democracia. Lo que tenemos en la década del sesenta es la incorporación de nuevos actores, nuevas sensibilidades y nuevos temas para la discusión. Por primera vez en la historia de Chile, la política hace el esfuerzo por incorporar gran parte de las voces que históricamente han circulado por nuestro país.

La fractura en el itinerario político del siglo XX, plantea una regresión autoritaria. Un sector de la sociedad chilena va a considerar la profundización democrática como un peligro para la estabilidad social, un “exceso” de democracia. En este diagnóstico estuvieron de acuerdo tanto la oligarquía criolla como el capital transnacional. Este “exceso” de democracia ponía en peligro las condiciones sociales y económicas para la expansión del capitalismo. Por lo tanto, la asonada militar de 1973 tuvo como propósito principal limitar las condiciones de esta democracia. Esa inflexión de expansión y ruptura (más o menos democracia) marcará la cuestión política en las décadas posteriores. Autoritarismo y democracia orientarán el debate, la reflexión y el ejercicio político desde la segunda mitad del siglo XX. Dictadura o democracia. Democracia protegida o caos.

El período de la dictadura militar en Chile (1973-1989), con toda su brutalidad no constituyó una cuestión extraordinaria en nuestro proceso político. Se trató de un énfasis en uno de los aspectos contenidos en el ejercicio político del siglo XX: autoritarismo. Más allá de la fuerza y la represión ejercida, si la dictadura duró diecisiete años fue porque los chilenos y chilenas acomodaron sus quehaceres cotidianos a este -perdón por el eufemismo- “énfasis autoritario”⁸⁶.

La discusión continuó en el Chile post Pinochet. Después de 1989, tras la recuperación de la democracia, la coalición dominante -la Concertación de Partidos por la Democracia-, va a considerara la profundización de la democracia, (el exceso de voces o la posibilidad de la disidencia), como un peligro para la estabilidad democrática. La élite concertacionista no

⁸⁶ La violencia desde arriba ha marcado el itinerario político republicano. Si nos limitamos sólo al siglo XX, desde las matanzas de 1905 y 1907 pasando por la aplicación de la “ley maldita” (1947), hasta los campos de concentración y los detenidos desaparecidos de la dictadura Pinochetista (1973-1989). Esa ha sido la violencia pública. En el ámbito privado, la violencia en contra de las clases subordinadas ha sido igual de dura. Desde la represión militar y policial en contra del “roto alzado” hasta la actual “lumpenización” del mundo popular. La violencia desde abajo es causa y/o consecuencia de la violencia desde arriba.

deseaba repetir la experiencia pre dictatorial⁸⁷ y tampoco las experiencias precedentes en otras transiciones latinoamericanas. Entonces, esta “democracia con enclaves autoritarios”(GARRETON, 2006), les va a resultar cómoda.

No obstante, debemos aclarar que esta necesidad de acallar las voces, de disminuir la participación, no tiene sus antecedentes exclusivamente en la dictadura. El escenario político que se construye en Chile durante la década del noventa conecta tendencias estructurales (la persistencia de lo señorial) con ciertas soluciones coyunturales (establecer una transición adecuada). El país que se organiza durante el siglo XIX, socialmente proyecta la relación amo-esclavo⁸⁸ (patrón- inquilino) establecida entre los siglos XVI y XVII. En esta relación el único que tiene acceso al ágora es el amo. Durante todo el siglo XIX y, tal como lo indicamos anteriormente, durante gran parte del siglo XX, el ejercicio político es un quehacer restringido reservado a los “caballeros”, donde no se le reconoce el derecho al acceso al ágora al resto de los chilenos (hombres y mujeres). La política no hace sino proyectar la violencia de una sociedad estamental a través de distintas variantes de un régimen político autoritario.

De esta forma, consideramos que las negociaciones en torno a la transición de inicios de los noventa, entre la élite concertacionista, los militares y el empresariado tuvieron como propósito establecer las condiciones para limitar la democracia. Coincidiendo con Tomás

⁸⁷ Las paradojas de nuestra historia. La coalición gobernante, integrada por los mismos hombres y mujeres que unas décadas antes apostaron por una profundización democrática, ahora se acomodan a esta democracia epidérmica. Neruda diría: “... *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos...*”.

⁸⁸ La sociedad chilena desde su formación hacia el siglo XVII, es una sociedad estamental, situación que se mantiene, -con los matices que exponemos en este ensayo-, hasta la actualidad. Por lo tanto, la sociedad chilena fue y es una sociedad violenta, lo que ha cambiado son los énfasis de la violencia: más o menos explícita, más o menos simbólica. Así, en el siglo XIX, bajo una delgada capa de pretensiones ilustradas se ocultaba el carácter señorial de esta sociedad. Lo que nos preguntamos, para fines del siglo XX es ¿qué tanto ha cambiado esta situación? Si en el s. XIX el derecho a la palabra lo tuvieron los “caballeros”, y desde fines del XX, ha estado capturada por una élite tecnocrática. Desde la década del noventa, no observamos el desarrollo de una “ciudadanía plebeya” sino la reinstalación de una ciudadanía restringida distinta a la “ciudadanía patricia”. Cada vez que los chilenos y chilenas -la gente, el pueblo, la sociedad civil- desea alzar su voz (a propósito de educación, salud, medio ambiente, etc.) va a ser brutalmente reprimida desde el Estado para recordarles que los canales de expresión ya están establecido, para recordarles más bien que los dueños de la palabra ya están instalados. La manida expresión oficialista “sentémonos a conversar”, no hace más que potenciar la imposición del silencio.

Moulian "...el consenso es la etapa superior del olvido (...) es un acto fundador del Chile Actual" (Moulian, 1997, 37).

La consecuencia de esta conexión coyuntural y estructural, es lo que se ha dado en llamar *desencanto* (para referirnos a un cuestionamiento de la política) y *malestar* (para referirnos a los efectos de la política sobre la cultura).

2.1 Entre el desencanto y el malestar

Para entender la relación entre democracia y autoritarismo, que se configura desde la década del noventa, debemos referirnos a dos elementos básicos. Por una parte un fuerte desencanto con la política y los políticos, que comienza a hacerse visible a mediados de los noventa. Y por otra, un cambio en las formas en que se manifiesta la política. El cambio en el carácter de la política (más bien en el sentido de lo político) estaría asociado al malestar.

2.1.1 El Desencanto

Manuel Antonio Garretón sostiene que *"...no es cierto que la gente haya perdido interés en la política. Quizás en la política, no en lo político. Aquello de lo cual la gente se distancia es la actividad política en su sentido tradicional, concebida sea como gesta heroica, sea como cálculo y manejo táctico del poder. Eso se le deja a los políticos. Pero, en nuestro país, hemos mostrado que incluso esta afirmación debe relativizarse en la medida que el nivel de simpatía por partidos, de adscripción a posiciones de derecha, de centro o izquierda, de preocupación por problemas públicos ligados al Estado, muestran indicadores muy altos y los niveles de abstención electoral son muy bajos. En todo caso, lo que estaría en cuestión es menos lo político que el sentido y contenido de cierta actividad política. Sin duda que esta se irá redefiniendo al igual que los actores políticos, en términos de sus contenidos y estilos en la medida que se incorporen nuevos temas que preocupan a la sociedad..."* (Garretón, 1993, 64).

Cuando hablamos de desencanto, pensamos que lo que se pone en cuestión es la política. Pero cuando hablamos de malestar creemos que lo que se impugna es lo político. El desencanto al que nos referimos se presenta con matices distintos, dependiendo del interés en la política que manifiesten los hombres y las mujeres en Chile, o más bien, del tipo de ciudadanía que expresen. Para aquellos sectores más politizados -“ciudadanos tradicionales”, “ciudadanos no electores”, y “ciudadanos subpolíticos”, en la categorización propuesta por Gómez Leyton (Op. Cit, 2006) - el desencanto se relaciona con la incapacidad de la política (de los políticos más bien) para transformar al país y devolverle el tiempo perdido. Restaurar el proceso de profundización de la democracia interrumpido por la dictadura militar. Restaurar la “política heroica” (Garretón, 1993). Curiosamente los primeros “desencantados” fueron los integrantes de la elite concertacionista que renegaron en los noventa de las banderas de lucha que enarbolaron desde los sesenta hasta los ochenta. Instaurando una “política pragmática” (Op. Cit.).

Para aquellos sectores menos politizados, “ciudadanos no políticos” (Op. Cit.), fundamentalmente los más jóvenes, el desencanto se refiere a una pérdida de interés por discursos que consideran añejos, desgastado, vacíos, sin asidero en la ‘modernidad tardía’ (Ibáñez, 2001)⁸⁹. La lógica de la política construida a partir de una trama moderna y racionalista, resulta incomprensible o lejana para aquellos que han construido sus definiciones éticas y estéticas más cercana a lo post moderno (Bocic, 2001)⁹⁰, donde la política partidista es vista como una actividad lejana a la cotidianeidad del sujeto (Huneeus, 2008).

⁸⁹ Para Tomás Ibáñez, enfrentamos un cambio civilizatorio que aún permanecerá en fase de transición por algunas décadas más. Entonces, siguiendo a Ibáñez consideremos como equivalentes (aunque no sinónimos) “post modernidad” y “modernidad tardía”.

⁹⁰ En una investigación de pre grado se analizó la relación entre las letras de las canciones emblemáticas de un conjunto de bandas Chilenas de rock y una serie de elementos que distintos autores relacionan con la postmodernidad: Ausencia de utopías, visiones apocalípticas, consumismo, búsqueda primaria de lo hedónico, realización de pulsiones tanáticas o tendencias autodestructivas, desconfianza en la razón, la ciencia y el progreso, pérdida de interés en la política y la actividad pública. El análisis de las letras, de un total de 53 canciones pertenecientes 19 grupos emblemáticos del rock de los noventa, arrojó como resultado una extrema cercanía entre las temáticas de esos grupos y el “discurso” post moderno.

Las condiciones asociadas al desencanto tienen que ver con la incapacidad de la política para entregar sentidos a la vida de los hombres y mujeres, esa posibilidad de trascendencia que en algún momento entregó la utopía. Esa condición que se le asignó a la política del siglo XX -eventualidad real o imaginada- nos hacía entender el ejercicio político como la posibilidad cierta de transformar al mundo. Fue esa ilusión la que movilizó a miles y miles de latinoamericanos a “construir el hombre nuevo”.

En la década del noventa, se dibujan con mayor nitidez los “ciudadanos no políticos” (GÓMEZ, 2006). Estableciendo una relación, desde la rabia y la decepción, con la política y los políticos. En ellos identificamos cierta desesperanza con el proceso político desarrollado en el siglo XX. El incumplimiento de las promesas hechas por la política -la democracia más bien-traducida en su incapacidad para “construir una patria buena y justa para todos”. El duro camino del siglo XX en torno a huelgas, marchas ó mítines, estuvo tapizado de muertos, y no tuvo como fruto -a fines de siglo- una “patria justa”. Creemos que lo que sostiene este desencanto es el reclamo por la *felicidad*, una especie de manifestación chilena del lema francés: “queremos ser felices ahora”. Lo que ocurre con estos sujetos de “fin de siècle”, es que constatan que la política no fue, ni es el camino a la *felicidad* (Arendt, 1998; Morandé, 1984, 19)⁹¹. La factura se la entregan a una política que no generó las condiciones para acceder a esa *felicidad*.

⁹¹ Entendida esta a partir de los discursos que ha elaborado y/o transmitido la propia política. En el siglo XIX se hablaba de la “felicidad de los pueblos” en relación con el propósito de la actividad política. En el transcurso del siglo XX la idea de felicidad se torna más pragmática, abandona la “esfera pública” para instalarse en la “esfera íntima”, (en las categorías propuestas por Hanna Arendt (1998): “*La Condición Humana*”, Barcelona, Paidós). La felicidad adopta manifestaciones tanto espirituales como hedonistas. Para algunos es una cuestión religiosa y para otros es algo terrenal, “pasarle bien”. Es esta última posibilidad la que se conecta con el consumo. En el siglo XX el concepto se reemplaza por “calidad de vida”, la que se mide en función de la mayor o menor incorporación a la vida moderna. Para Pedro Morandé, “... se es ciudadano del mundo moderno si se ha logrado determinado nivel de electrificación, de consumo de cemento, determinado porcentaje de la población viviendo en la ciudad, bajas tasas de analfabetismo...”, en, (1984): “*Cultura y Modernización en América Latina. Ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación*”, Santiago de Chile, Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, pág. 19. Por lo tanto, desde la política, se empieza a hablar de “calidad de vida”, “igualdad”, “equidad”, “justicia social”, etc. Más allá de las dudas sobre el sentido real o metafórico del “contrato social”, el propósito de este acuerdo

Tras el Golpe Militar, con el repliegue de lo político como consecuencia de la represión, - el “miedo preventivo” - y la instalación de la economía como eje social, emerge un nuevo concepto que actuará como vínculo social, “el consumo” (García Canclini, 1995). Tras el cambio de escenario que permitía su reproducción, el emergente ciudadano de los 60 se ha transformado en el consumidor de los 90.

La pregunta a responder sería entonces, ¿qué condiciones permitieron el tránsito hacia una sociedad de consumo? Hasta la década del setenta Chile era un país con limitadas posibilidades de consumo material, sólo los sectores más acomodados podían disponer de bienes suntuarios. No obstante, quizás desde mediados de la década de los ochenta, se observa la posibilidad de un consumo masivo. Lo de “consumo masivo” implica un acceso creciente a bienes a través de las mediaciones financieras, es decir, vía endeudamiento. Una mercantilización de las relaciones sociales, y por lo tanto, la configuración de una identidad social asociada al consumo.

El país que se construye entre la década del ochenta y noventa, -desde la “transición larga”- es radicalmente distinto al país de mediados o principios de siglo. Un chileno de 1940 ó 1970 no se reconocería en un chileno de 1990. La diferencia se relaciona con las posibilidades de transformación que vivió el país en las últimas décadas del siglo XX. Cambios asociados al consumo. El proyecto neoliberal propuso el paso de un país construido desde el Estado a un país construido desde el mercado -deberíamos decir a un país construido preferentemente desde el mercado-. Ese paso provocó profundas transformaciones culturales asociadas al despliegue del imaginario burgués⁹², y fundamentalmente el espejismo de igualdad social que

explícito o implícito -el propósito de la política en definitiva- es generar las condiciones para un desempeño amable, bueno o justo de lo cotidiano.

⁹² Asociados al trabajo y la valoración del dinero. La década del ochenta nos presenta una aproximación a una sociedad burguesa, sin embargo, consideramos que a pesar de estos cambios, Chile continúa definiéndose a partir de coordenadas mágico religiosas. Esa es una de las características particulares de nuestra modernidad, una modernidad sin desacralización.

proporciona el consumo. En palabras de Hebert Marcuse, "... la libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de temor y esfuerzo, esto es si sostienen la alienación..." (MARCUSE, 1968, 29).

Nuestra felicidad se cosifica, se relaciona con aquello que podemos adquirir y el mercado nos proporciona esa posibilidad. Y aquí no importa si tenemos o no tenemos capacidad de pago. El sistema financiero ya tomó las providencias del caso dándonos la posibilidad de hipotecar nuestro futuro. Surge lo que Tomas Moulian denominó el ciudadano credit card (Moulian, 1997). "... La ciudadanía credit-card es una forma de despoltización de la ciudadanía democrática, o sea, política y cívica. Pues, ya no se concibe a la política como posibilidad de deliberación y de liberalización, por tanto, la interrogación crítica no existe. Fundamentalmente a que el consumo vía crédito se ha transformado en un formidable factor de disciplinamiento social y político...la participación es plenamente mercantil, la integración ya no se busca a través de los canales políticos, sino, esencialmente mercantiles. En la medida que este ciudadano comete la falta de dejar de pagar, su ciudadanía se desvanece. El mercado lo expulsa. Lo reduce a una ciudadanía exclusivamente política. Es alguien que ha perdido la posibilidad de acceso a una extensión casi mágica de sus posibilidades y poderes para volver a ser nadie, a no ser un cliente mercantil..." (Gómez, 2006, 7).

2.1.2. Malestar

El malestar es un concepto con ciertas reminiscencias freudianas que se instala a propósito del debate que suscitó el informe del PNUD 1998 (PNUD, 2008). Sería, en nuestra interpretación, el efecto de la instalación del modelo neoliberal sobre la cultura, la manifestación de la "transición larga". El paso de un país construido desde el Estado a un país que intenta construirse desde el mercado, transforma abruptamente las definiciones del "ser" y "deber ser"

que se habían venido configurando a lo largo del siglo XX. Cierta idea acerca de cómo debe funcionar lo social y colectivo del país, de cuales son los “sentidos comunes”, se rompe.

El primer impacto se da en la dimensión pública del “ser” y el “deber ser”, la construcción intelectual del mundo representada por el Estado. Por medio del diseño sociopolítico se establece una idea de país, una idea de sujeto y territorio que moldearán gradualmente, primero las manifestaciones públicas de los chilenos y enseguida sus manifestaciones privadas. Uno de los aspectos que más nos llama la atención es la rapidez con que se establecen las influencias sobre lo privado, la forma como las conductas cotidianas de hombres y mujeres han ido incorporando progresivamente elementos propios del diseño sociopolítico neoliberal. La resistencia contra el “modelo”, manifestada durante la dictadura y durante los primeros gobiernos de la “Concertación”, se ha ido diluyendo con el correr de los años, focalizándose en aspectos concretos: educación, salud o medio ambiente. Sin embargo, los mismos que reclaman contra situaciones puntuales se muestran reticentes a la hora de plantear la posibilidad de cambios mayores. Probablemente se deba a que se ha internalizado el sustrato del modelo y en este país generoso en mercancías, han asumido su categorización como consumidores, -precarios- pero consumidores al fin.

Si en 1950 ó 1960 le hubiesen preguntado a un chileno por su país ideal, lo más probable es que hubiese dibujado -industrias culturales mediante- un país a imagen y semejanza de Estados Unidos: con sus grandes carreteras, rascacielos, supermercados, automóviles, ropa vistosa, etc., etc. Cuarenta años después Chile se construyó a imagen y semejanza de USA. Un especie de caricatura kitsch del paraíso gringo. Entonces, ¿dónde radica el malestar? Al parecer no nos gustó la caricatura, aunque no lo declaramos. La molestia se expresa, desde la nostalgia, por un Chile que inventó nuestra propia nostalgia. Nos inventamos un Chile republicano, democrático, austero, sin apuros, con gente amable, sin contaminación (una

especie de postal escolar). Ese país es el objeto de nuestra nostalgia y en esa nostalgia culposa radica nuestro malestar.

La relación entre diseños sociopolíticos y malestar no es nueva. No tenemos evidencia de los efectos sobre la cultura del diseños sociopolítico de inicios del siglo XIX, asociado a la construcción del Estado. Pero si tenemos alguna pista sobre los efectos en la oligarquía, del diseño mesocrático del siglo XX (Subercaseaux, 1939). Lo que hace el proceso de fines del siglo XX una cuestión distinta es la radicalidad de los cambios. Las bruscas transformaciones en los ordenadores de la vida colectiva, los cambios en los parámetros valóricos que eso trajo consigo, (en nuestra opinión el desplazamiento de un Estado protector⁹³ y regulador, por la ley de la selva del mercado) se manifestarán más crudamente -creemos- en un drástico aumento en las patologías psicosociales (MINSAL 1999; Vicente, 2008)⁹⁴. El efecto del modelo sociopolítico sobre la vida cotidiana lo podemos graficar por medio de dos conceptos: *Stress* y *síndrome de emergencia* (Pauchard, 1993). Así como el *stress* es la respuesta general de adaptación biológica frente a situaciones de maltrato (riesgos) que preparan al organismo para

⁹³ La presencia del Estado protector, siempre fue precaria, sin embargo, lo que no podemos discutir es la capacidad del Estado para instalar identidades, modelos o representaciones sociales. La década del noventa se nos presenta, en apariencias, con menos Estado y más mercado. Detrás de esas apariencias tenemos un fortalecimiento de los elementos persuasivos y represivos del Estado.

⁹⁴ En un informe del Ministerio de Salud se establece que "...existiría un aumento de la prevalencia de estas enfermedades a lo largo del tiempo, desde el **19 al 20%** en la década de los 60 hasta llegar al **28 a 42%** a mediados de los 90. Esta mayor frecuencia se debe tanto a la transformación del perfil demográfico que ha experimentado Chile, como a los acelerados cambios que han tenido las conductas de la población en los últimos años...". MINSAL (1999): "Las enfermedades mentales en Chile, magnitud y consecuencias", en, http://www.rostrosnuevos.cl/portal/files/u1/Informe_Epidemiolog_a_2.doc [Consultado en Junio de 2008]. El eufemismo que podemos utilizar es que este aumento en la prevalencia de enfermedades mentales en Chile sería parte de los costos de la modernidad. En otro estudio se establece que "...aproximadamente uno de cada tres individuos de la población tiene un trastorno psiquiátrico de vida en Chile (36%) y un poco más de la quinta parte de la población (22,5%) ha tenido un trastorno en los últimos 12 meses. Los trastornos psiquiátricos más frecuentemente encontrados en vida fueron agorafobia (11,1%), trastorno depresivo mayor (9,7%) y dependencia al alcohol (6,4%). Para los hombres el trastorno más común fue el abuso y dependencia del alcohol (16,2%), mientras que para la mujer se trató de los trastornos ansiosos (24,9%). Un tercio de aquellos diagnosticados o que recibieron algún diagnóstico tenía un trastorno psiquiátrico comórbido (...) la tasa de trastornos ansiosos en Chile fue más alta que la de depresión mayor, algo que también es reproducido en otros estudios de población hispana de la subregión sur...". En, VICENTE, BENJAMÍN, et. al. "Prevalencia de trastornos psiquiátricos en Latinoamérica: revisión crítica", en, http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502005000400004&lng=es&nrm=iso [Consultado en Junio de 2008].

la huida o la agresión. El *síndrome de emergencia* aparece frente a las situaciones de maltrato como una respuesta adaptativa en la esfera psicológica con una sintomatología afectiva y cognitiva. Lo afectivo se traduce en el miedo, la inseguridad, (conceptos recurrentes en las encuestas de opinión pública,) el desánimo, la depresión, etc. Lo cognitivo sería comparable a ese “malestar” difuso, a esa negatividad, a esa situación incomprensible, para los analistas, que mientras el país nos presenta una economía pujante los chilenos andamos “bajados” o, por lo mismo “no estamos ni ahí”.

El alejamiento de la gente de la clase política sería a nuestro juicio la respuesta frente a la incapacidad por vincular los mundos cotidianos con el poder, con la seguridad, con lo que representaba y representa aún el Estado para quienes no cuentan con el capital como medio de poder y protección.

Podríamos decir entonces, que el “ciudadano”, actor social de los sesenta, se ha convertido en “consumidor”, actor social de los noventa. Si aceptamos, que Chile es un país construido desde el Estado, la radical transformación de éste y la intención de subordinarlo al mercado, impactará profundamente todos los aspectos de la cultura (Zuñiga, 2008).

En el “país anterior”, la gente participaba de la política porque esta proponía una doble promesa, funcional a las certezas y sentidos⁹⁵ de los hombres y mujeres comunes. Por un lado planteaba la utopía y por otro, la posibilidad de realizarla en los proyectos de vida de hombres y mujeres concretos. Esto es verificable en los movimientos populares de fines del siglo XIX y de gran parte del siglo XX con el surgimiento de movimientos y partidos donde se canalizaron estas utopías: Partido Demócrata, Partido Socialista, Partido Comunista, movimientos anarquistas, sindicalismo, sociedades de “socorros mutuos”, etc. Un significativo segmento del mundo popular, o de los mundos populares, se constituyen en sujetos, asociados a la política.

⁹⁵ Nos referimos a las certidumbres y a las nociones de trascendencia.

Por tanto, sus visiones de mundo, proyectos de vida, pautas de crianza, etc., sus manifestaciones públicas y privadas estuvieron mediados por la política.

Como consecuencia de las transformaciones impuestas por el neoliberalismo, la política se autonomiza del resto de la sociedad y se profesionaliza. La política deja de tener vinculación con lo cotidiano al transformarse en una esfera especializada. Con el “desencanto” y el “malestar” ya instalados las manifestaciones de disidencia asumen formas distintas a las que conocimos durante el siglo XX. La aparente apatía política da cuenta de la revitalización de al menos dos formas de resistencia: Una asociada al bandidaje que retoma los viejos esquemas existentes, al menos desde el siglo XVII, donde el bandidaje se constituyó en una contracultura y una contra política que se configuraba y orientaba de forma opuesta a la política y lo político instalados desde el Estado. La reacción oficial fue (es) lumpenizar esos procesos de resistencia. La otra forma es el hedonismo, que como manifestación de reacción tampoco es nueva. Está asociado a lo festivo (existiendo desde el mundo precolombino e hispánico). La fiesta como elemento de ruptura, de burla, de cuestionamiento al orden político y a los poderes establecidos. Hoy esta sensibilidad hedonista es asumida por los jóvenes. Los jóvenes que entre los sesenta y ochenta manifestaban su descontento en la “protesta” o la barricada, ahora lo hacen en el “reventón” (Arendt, 1998)⁹⁶. Manifiestan su descontento con las imposiciones de la sociedad por medio del exceso en el que reivindican su reclamo por la felicidad aquí y ahora y el derecho a decidir sobre su propia vida y su propio cuerpo. En esta perspectiva la discusión en torno al poder se instala en la “esfera íntima”⁹⁷ y deja de ser una cuestión exclusiva de la “esfera pública” (Ob. Cit).

⁹⁶ Al respecto la prensa ha sido majadera al denunciar las fiestas en las que participan adolescentes y jóvenes donde la constante es el exceso, de alcohol y drogas y el desenfreno sexual. En nuestra interpretación este “reventón” o “carrete extremo” es una forma de manifestación política de descontento y disidencia contra las estructuras de poder. Una especie de desborde del relato político moderno.

⁹⁷ ARENDT, sostiene que al debilitarse progresivamente el Estado, el mercado atrapa los espacios de reproducción cultural. Las actividades y las relaciones sociales se monetizan. Será a partir del escenario que propone el diseño neoliberal donde se constituye la **esfera íntima** reducida a la mínima expresión de un espacio de reproducción cultural,

3. La Polis acosada

La década de 1960, la “década larga” (Vasconi, 2007), significó para Chile la culminación de una serie de procesos de inclusión social, desarrollados en el transcurso del siglo XX, marcados por la captura del Estado por parte de la mesocracia. Los hitos que se conectan son el cambio de modelo económico: el paso de una economía abierta a una economía cerrada (que con todas sus limitaciones, posibilitó el desarrollo de un mercado interno y el fortalecimiento de los sectores medios). Y los cambios políticos, fundamentalmente, los establecidos por los gobiernos radicales y los gobiernos progresistas de los sesenta⁹⁸.

Este Estado capturado, permitió a la mesocracia desarrollar crecientes procesos de inclusión. Las convulsiones de la sociedad chilena en los años sesenta se justifican por los cambios que se impulsan desde el Estado, el clima ideológico internacional y los ajustes culturales propios de una sociedad que está transitando de visiones de mundo predominantemente señoriales⁹⁹ a visiones de mundo modernas. Como consecuencia de lo anterior, se fortalece la ciudadanía, con el aumento de la participación política, pero también se agota el modelo socio económico que permitía la reproducción de esta participación.

Como hemos argumentado anteriormente, en la década de los sesenta se produce el despliegue de una “ciudadanía plebeya en plenitud”. No obstante, ese mismo proceso genera una serie de situaciones que provocarán el quiebre en la sociedad chilena. Uno de los puntos de quiebre se produce en relación con la Reforma Agraria.

asociado estrechamente a las necesidades del mercado, se producirá aquí a través de mediaciones tecnológicas, la captura de lo cotidiano por el Mercado. El rol de las Industrias culturales es fundamental. Se produce entonces, un encapsulamiento social con personas reducidas a casas o departamentos mínimos, conectados a un mundo virtual.

⁹⁸ Con el reemplazo de las élites dominantes, debido al ascenso paulatino al poder político de las clases medias y populares que se desarrollan al alero de un Estado protector. Para el posicionamiento de la mesocracia Chilena, es posible señalar cuatro momentos culminantes: el triunfo político de Arturo Alessandri en 1920; la ascensión del Frente Popular en 1938; y la victoria de la Democracia Cristiana en 1964 y el gobierno de Salvador Allende, como culminación de un proceso de incorporación de los sectores medios y populares a la vida política.

⁹⁹ El sistema señorial se mantiene en Chile desde el S. XVI, hasta el S. XX, fundamentalmente a través de la Hacienda, expresión económica de ese sistema, (fines del S. XVII y fines del S. XX). Contradictoriamente, instituciones medievales sobreviven a la fase más agresiva de expansión del capitalismo.

Consideramos a la Reforma Agraria¹⁰⁰ como el hecho social más significativo de este período, en términos de los cambios sociales que posibilita. Para José Bengoa, “ha sido el proceso más importante de ruptura que ha vivido la sociedad chilena moderna. Si bien puede discutirse su valor económico y la forma en que se realizó, no es demasiado discutible el hecho de haber sido el causante de la disolución del viejo sistema semifeudal de los campos...” (Bengoa, 1996, 93). Generó las condiciones para la transformación de la sociedad chilena: provocó indirectamente el colapso de un proceso de constitución de ciudadanía (Salazar, 2002), contribuyó a la crisis política y fundamentalmente significó el fin del modelo señorial (Marcuse, 1983).

La solución del conflicto fue la captura de la Polis “manu militari”. Siendo la excusa final la protección de los “valores de la chilenidad” amenazados por “influencias foráneas”. El Golpe militar es consecuencia del agotamiento de un modelo político y económico. En términos coyunturales, va a ser consecuencia de la polarización de la sociedad chilena y del juego internacional en torno a la “guerra fría”. En términos estructurales, consecuencia de la reacción de las elites tradicionales¹⁰¹ desplazadas por la mesocracia en el control del Estado. El gobierno de la Unidad Popular va a ser visto como una especie de “amenaza civilizatoria” por la oligarquía, un atentado contra sus valores y estilos de vida. Por lo tanto el golpe militar, al menos en un primer momento, puede ser considerado como la posibilidad de reconfigurar ese mundo amenazado. Una recuperación del Estado por parte de la Oligarquía. Sin embargo, lo que tenemos con la dictadura, es la instalación de un proyecto fundacional asociado a nuevas

¹⁰⁰ Proceso desarrollado entre los años 1962 y 1979 bajo el marco jurídico de las leyes 15.020 y 16.640, se extendió durante los gobiernos de Alessandri, Frei, Allende y fue cerrado por medio de la normalización agraria por la Dictadura Militar.

¹⁰¹ Para referirnos a los grupos dominantes usaremos el concepto oligarquía, en un sentido gramsciano, los que instalan la hegemonía. No se trata de un sector estático, es decir, no estaría conformada sólo por los herederos de la “aristocracia” del siglo XIX, sino que en el transcurso del siglo XX, se incorporan crecientemente nuevos sectores vinculados a las finanzas y a la política.

elites tecnocráticas (orientadas por visiones de mundo burguesas), distintas a la oligarquía tradicional (orientada por visiones de mundo predominantemente señoriales).

La alianza entre militares, empresarios y académicos posibilitará la configuración de un nuevo orden social y político, articulado a una transformación económica. El modelo neoliberal de los Chicago boys permitirá “la reconstitución del orden capitalista en el país y su re inserción en el sistema capitalista internacional”(Garretón, 1994, 152). Tal como ha venido ocurriendo, (deberíamos decir desde siempre) los procesos políticos de los países periféricos se subordinan a las condiciones y los intereses establecidos por las potencias centrales, en torno a la expansión del capitalismo, en este sentido, lo ocurrido en las últimas décadas del siglo XX es particularmente emblemático. “ En 1975, Zbigniew Brzezinski y David Rockefeller, entonces presidente del Chase Manhattan Bank, crearon la Comisión Trilateral. ... Sus objetivos principales fueron, en primer lugar, elaborar una nueva concepción de la economía y política mundial, basada en el concepto de “interdependencia”, y en la necesidad de reforzar “una economía mundial integrada”; contribuir a debilitar el poder de los Estados nacionales y potenciar el protagonismo de las empresas trasnacionales, que representarían el dinamismo económico, y por ello debían dirigir la economía mundial. Otro de sus objetivos era influir sobre los organismos internacionales y los gobiernos...La Trilateral elaboró una nueva propuesta sobre las relaciones económicas internacionales, basada en el concepto de “interdependencia”. ... pretendía describir un nuevo orden económico en el cual aumentaba la información dentro de la economía mundial, los principales centros industriales del mundo ya no podían desarrollarse independientemente, sino interrelacionadamente, en una nueva división del trabajo a nivel internacional y se hacían dependientes de las materias primas proveniente de las naciones periféricas....”(Vergara, 2008).

Este “nuevo orden” político-económico configurará un escenario sociocultural, radicalmente distinto al que existía antes de 1973.

3.1. El acoso a la Polis desde la “Transición”

Durante 17 años la dictadura desarrolló un proyecto fundacional en torno a la economía. La hipótesis de trabajo que manejamos, es que con el control de la política y la instalación de un nuevo modelo económico, se produjo un efecto fundante sobre la cultura. Para desarrollar esta transformación la dictadura estableció un escenario institucional, que va a definir el camino para el retorno a la democracia (“Chacarillas”, Constitución de 1980,...etc.) (Garretón, 1994). El retorno a una democracia... “protegida”.

Para la recuperación de la democracia, la oposición estableció un itinerario de reacción frente al esquema institucional que ofrecía la dictadura. Los escenarios que planteaban eran básicamente dos: el derrocamiento vía insurreccional y la aceptación de la institucionalidad de la dictadura para una transición a la democracia. Lo que se resume en el dilema de algunos sectores de la izquierda de fines de los ochenta: ¿“romper por fuera” o “romper por dentro”? Las “protestas nacionales”, ofrecieron lecturas y prácticas desde las dos perspectivas. En los hechos las protestas permitían las dos posibilidades. La acumulación de experiencia y fuerza para una “insurrección nacional” y la desestabilización de la dictadura para obligarla a negociar una salida.

Un hito en la salida negociada, lo constituye la declaración de junio de 1984 de Patricio Aylwin en uno de los seminarios del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, allí “... Aylwin formula por primera vez su tesis de reconocer la Constitución del 80 ‘como un hecho’...” (Cavallo, 1992, 38). Y por lo tanto, la idea de aceptar el itinerario propuesto por la dictadura empieza a tomar cuerpo en uno de los bloques de la oposición. Se comienza a hablar de la posibilidad de una “derrota política del régimen”, aunque sin mucha convicción. De una u otra forma, las declaraciones de Aylwin generan las condiciones para el “Acuerdo Nacional” de 1985, donde participa parte de la derecha. Aquí hay al menos dos elementos a considerar. Por

una parte se define un camino a seguir que supera el inmovilismo de posturas opuestas dentro de la Democracia Cristiana, principal partido a la "Alianza Democrática" (AD), que tendrá luz verde con el frustrado "año decisivo". Por otra parte, frente al resto de las fuerzas políticas de la oposición, se ofrece una alternativa a la fracasada vía insurreccional, después del fallido atentado contra Pinochet del año 1986. Un dato importante para anular cualquier gesto de simpatía hacia la "vía insurreccional", por parte de los partidos de la AD, fue el acceso a la información sobre las características del embalaje de las armas internadas el año 1986, por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). "...En una reunión con los principales dirigentes de la DC chilena, que tiene lugar en la embajada norteamericana, el subsecretario del Pentágono Néstor Sánchez lanza la revelación... ¿saben ustedes que los embalajes de las armas internadas en el norte están diseñados para durar muchos años?...Las armas no eran sólo contra Pinochet...apuntarían también al gobierno que se formase bajo condiciones de emergencia. A la semana siguiente se desactiva el comité privado que ha servido de enlace entre la Alianza Democrática y el Partido Comunista..." (Cavallo, 1992, 41).

Finalmente, con prácticamente todos los actores políticos jugados por el plebiscito, incluyendo al Partido Comunista que tardíamente proclama un "No hasta vencer", la puerta de salida de la dictadura será la sugerida dentro del esquema instalado por la propia dictadura: el plebiscito de 1988. Esto permitió que la transición chilena, a diferencia de otras transiciones (O'donnell, Schmitter y Whitehead, 1994), no surja de una crisis económica, sino, de una derrota política de la dictadura. Derrota que con todas las dificultades, dudas y contradicciones, el dictador terminó aceptando (Arancibia, y De La Maza, 2003, 406 y 407). "En este sentido, el plebiscito jugó el mismo rol que la muerte de Franco en España o la derrota de Galtieri en Las Malvinas. A nuestro juicio, -señala Garretón- se trata de una "elección fundante o crítica", y los resultados de la elección presidencial y parlamentarias de diciembre 1989 no hacen sino ratificar este carácter"(Garretón, 1990, 10). Para este mismo autor, aun cuando el plebiscito de

1988 "... desencadenó un proceso de transición, ello no significa que tal transición estuviera completamente terminada cuando se inaugura el régimen democrático con el primer gobierno elegido" (Op. Cit., 107). Se trata entonces de una transición incompleta por la existencia de "enclaves autoritarios" (op. Cit.). Para Manuel Antonio Garretón las "transiciones sólo resuelven el problema del cambio de régimen (dictadura por democracia), pero dejan pendientes los problemas de transformación social, que en nuestros países sólo pueden realizarse en democracia. Tales transformaciones exigen la participación y movilización de vastos sectores populares y de capas medias y apuntan a la democratización de la sociedad" (Op. Cit. 114).

La transición chilena implicó el paso de un gobierno dictatorial a uno democrático, y eso en estricto sentido, corresponde al período que va desde el 5 de octubre de 1988 al 11 de marzo de 1990. Lo que tenemos después es una democracia con enclaves autoritarios pero no una transición que se prolongue por 4 ó 6 años (op. Cit.). La transición en su versión económica significó instalar el proyecto neoliberal en un contexto de democracia política. Tarea no menor si pensamos que para esto había que generar las condiciones políticas para el retorno de la democracia, contener la presión social acumulada por la "falta de Estado" y la represión y, para sostener todo esto, instalar un aparato ideológico que justificara el maridaje entre el proyecto socioeconómico de la dictadura y el proyecto país de la democracia.

La política entendida como confrontación va a ser una característica de la sociedad chilena. "Uno de los rasgos más visibles de la crisis que culminó en el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue el altísimo nivel de polarización y conflictividad, tanto política como social, presente en el país. Curiosamente, la etapa previa al proceso chileno de transición, que podría datarse a partir de 1982, se caracteriza por niveles de polarización similares"(Flisfisch, 994). Por lo tanto, no podía resultar simple cambiar la "confrontación" por la "negociación". Para conseguir esto se hacía necesario, por una parte, establecer los "puentes" con la derecha, los militares y un empresariado reticente y por otra, descomprimir la presión social acumulada

durante la dictadura. Estos “puentes” son los que se establecen durante la “transición” y es en el transcurso de estas negociaciones -creemos- que surge la necesidad del control social de la Sociedad Civil por parte de la Concertación, como condición para la gobernabilidad y como moneda de cambio a la derecha para garantizar la proyección de la “obra del régimen”. “La experiencia de transiciones como la argentina y la boliviana probaba la importancia de la dimensión económica y de conflictividad social en la determinación del rumbo del proceso. Ni Alfonsín ni Siles Suazo habían logrado finalizar normalmente sus respectivos períodos presidenciales y, en gran medida, la explicación residía en ambos casos en la baja capacidad de gobierno inducida por el deterioro de las condiciones económicas y de los climas de conveniencia social” (op. Cit., 18).

Lo anterior nos indica que para desarrollar una transición exitosa, había que cambiar discursos y prácticas. Pasar de una política de “confrontación” a una de “consensos”. El siglo XX, nos presentan una política de confrontación. Esto podría explicarse por la instalación de una visión de lucha de clases en la política chilena, sin embargo, tenemos la impresión que la respuesta es menos ideológica; en definitiva el ordenamiento político da cuenta de las diferencias sociales en Chile, la proyección de los estereotipos con que la intelectualidad oligárquica categoriza a un país socialmente decimonónico: el caballero, el siútico y el roto (Subercaseaux, 1939). Esa configuración no ha cambiado en la década de 1990, donde además, la dictadura ha generado un cuadro de gran polarización social. Para instalar el concepto de “negociación” y la idea “consensos políticos”, la transición y el “gobierno de transición” operan sobre una redefinición de la política. En nuestra interpretación siguiendo a M. A. Garretón, con la democratización pasamos de una política fundamentalmente ideológica “a una política más pragmática y liberal” (Garretón, 1993), el mecanismo es una rigurosa negociación en torno a la economía (y la proyección de la “obra del régimen militar”) y la progresiva instalación de un aparato ideológico que permitirá un férreo y eficiente control social.

Para las nuevas autoridades es importante el manejo de una agenda única, que no ocurra lo de otras transiciones, donde la agenda política es impugnada por otros grupos que manejan una agenda social de demandas y reivindicaciones.

Las negociaciones entre el equipo de ministros de Aylwin con los representantes de la derecha, militares y empresarios (Cavallo, 1992), se traducirá en un itinerario político que se prolongará durante la administración Aylwin, a través de la llamada “transición a la democracia” y la “democracia de los consensos”. Negociaciones con un doble propósito: desmovilizar a la sociedad civil y garantizar la continuidad del modelo. Así por ejemplo, durante el primer gobierno concertacionista Enrique Correa ministro Secretario General de Gobierno de Patricio Aylwin “se encarga de negociar con Pinochet y el general Ballerino; se ocupa de la desactivación a los grupos armados, de limar aspereza con “El Mercurio”, de convencer a Fidel Castro para que llame al orden al FPMR, de formalizar acuerdos con Renovación Nacional, en fin, de los mil y un detalles de la transición a la democracia” (Salazar, 2007). Es decir, de generar las condiciones para el disciplinamiento de las masas con sus aspiraciones desmedidas sobre el cambio político. Tal como lo comenta Manuel Salazar, “Había llegado la hora de que los profesionales de la política retomasen las riendas del país” (op. Cit.). La hora del “pragmatismo”.

Una vez establecidos los acuerdos políticos, el problema era el disciplinamiento (Deleuze, 2005)¹⁰² del movimiento social. Consideramos que detrás del proceso de negociación subyace una intención, un diseño en donde se plantea la dicotomía del “país que somos” con el “país que queremos ser”. Este “queremos ser” forma parte de una voluntad

¹⁰² La instalación de un aparato ideológico habría permitido el despliegue del control social, no estamos pensando que esto no existe en el Chile anterior a la transición, sino que ahora se hace más sofisticado. Parafraseando a Gilles Deleuze, lo que tendríamos es el paso de una sociedad de la vigilancia (durante la dictadura) a una sociedad de control (durante los gobiernos de la Concertación), la diferencia está en que los mecanismos son más sutiles, más ideológicos si se quiere. Para su despliegue requiere de un efectivo funcionamiento de las instituciones, (la frase “en Chile las instituciones funcionan”, es en nuestra lectura, que los mecanismos de control son eficientes) y de un despliegue comunicacional para fortalecer el discurso concertacionista.

política, o quizás una obsesión por instalar y proyectar el “Chile Actual” (Moulian, 1997). Este diseño de país democrático y moderno, necesariamente debe contemplar rigurosos mecanismos de control en donde “lo deseable” es protegido y potenciado por una bruma valórico-ideológica que permeabiliza todas las actividades públicas y privadas.

El elemento orientador del control social es el mercado, concepto-ícono que nos promete el acceso al “primer mundo”. Sin embargo, la regulación que promete no puede ser automática, se deben establecer los mecanismos para adiestrar y controlar los cuerpos y las mentes. Cuerpos y mentes díscolos que se niegan a una necesaria disciplina de trabajo y esfuerzo por la influencia de una cultura del ocio, en donde el “homo faber” siempre fue una excentricidad de gringos. Por lo tanto, lo que es una condición pública es negado por las prácticas cotidianas, las que se manifiestan en función de las representaciones sociales. Estas representaciones, en las que el ocio ocupa un lugar central, necesariamente deben ser encubiertas para permitir la implementación del diseño sociopolítico concertacionista.

El “país imaginario” necesita controlar las manifestaciones que delaten la existencia del “país profundo” (Bonfil Batalla, 1987). A nuestro juicio los medios de comunicación juegan un rol central como elemento de control y propaganda. Potencian todos los elementos funcionales a la construcción del imaginario neoliberal, estigmatizando a aquello que se oponga. A través de un proceso gradual, que se inició con la masificación de la radio a principios del siglo XX, y que se va a acentuar fundamentalmente con la llegada de la televisión a principios de los años sesenta, se produce un cambio en que ni el Estado, como orientador de procesos culturales, ni la familia, ni la escuela como los lugares de reproducción de la cultura, son ya los espacios claves de la socialización. Ahora los grandes orientadores de la nueva conducta son los filmes, la televisión, la publicidad, etc. Las industrias culturales (Rodríguez, 2001), que empiezan transformando el sentido de la fiesta y los modos de vestir, terminan provocando una metamorfosis en la ética y la estética. La hipótesis acá es que por medio de estos mecanismos

se instala un aparato ideológico que persuade (adiestra) a los díscolos, lo que finalmente permite el paso de una política confrontacional a una de consensos. El acoso de la Polis.

3.2. La polis inmovilizada

Para Jorge Luis Acanda, el concepto Sociedad Civil “aparece en el debate actual en forma tan recurrente como semánticamente imprecisa. Junto con otros conceptos (identidad, pueblo, nación, democracia), comparte el dudoso honor intelectual de haber sido aplicado en toda una pluralidad de contextos con una variedad aún mayor de significados y connotaciones ideológicas...” (Acanda, 2002, 14). Según el propio Acanda, tiene en la actualidad al menos tres usos: como “slogan político”, como concepto sociológico analítico, vinculado a las ideas de democracia y ciudadanías participativas y como concepto filosófico de carácter normativo y descriptivo. “El retorno de la idea de sociedad civil al imaginario político contemporáneo, estuvo vinculado a los complejos procesos que se desencadenaron en el mundo, a partir de finales de los años 70 del siglo XX...puede decirse que apareció vinculado a tres escenarios diferentes de conflicto político” (Op. Cit., 5). Un primer escenario en Europa de Este donde el concepto se asoció a la subversión anticomunista. Un segundo escenario, fue el uso dado por la nueva derecha en los países capitalistas desarrollados, USA e Inglaterra, donde se enarbola como argumento para dismantelar el “Estado de Bienestar”, utilizado como “soporte teórico de la proyección política del neoliberalismo” (op. Cit., 17). Y el tercer escenario es América Latina de los 70 y 80; la izquierda latinoamericana usa el concepto Sociedad Civil como lo “opuesto a las arbitrariedades del régimen militar, y la reconstrucción de lazos de asociación con vistas al restablecimiento de la acción política...expresó el rechazo a una política que imponía el programa neoliberal y la destrucción de las formas asociativas las que se había expresado tradicionalmente la resistencia popular” (op. cit., 23).

Vemos entonces, que referirse a sociedad civil es una cuestión compleja que involucra a las definiciones, con los contextos históricos y sociopolíticos, y con las intenciones de quienes la definen. “La sociedad civil está conformada por el pueblo, las clases o los movimientos sociales y ellos se estructuran principalmente en torno a un principio político estatal que puede ser conflictivo o de integración” (Garretón, 2006, 147). La definición más breve, pero no por eso compartida, es que todo lo que no sea Estado e Iglesia es Sociedad Civil. Su aplicación en Chile puede resultar cuestionable, nuestro país se construye desde el Estado y en relación con éste se desarrolla social, política y económicamente. “El Estado en Chile no sólo precedió a la sociedad civil: más importante aún, fue su progenitor, el artista que modeló cada uno de sus rasgos principales” (Martínez, 1994).

Los sectores dominantes (aristocracia u oligarquía, como más acomode) amasan sus fortunas gracias al Estado: las rentas de la plata, del salitre y del cobre en el S. XIX. Durante el S.XX el “Capitalismo de Estado” y más recientemente las privatizaciones. Al amparo del Estado “creció una parodia de “burguesía nacional”. Esta fue en Chile una hija del Estado moderno, y no a la inversa” (Op. Cit., 37). Quizás, tal como lo plantea Gabriel Salazar en su obra, el sector que ha gozado de una relativa autonomía con respecto al Estado, es el mundo popular. “En América Latina hubo siempre una precaria autonomía de la sociedad civil y una línea muy ambigua de separación entre el Estado, política y sociedad civil, en la medida en que estamos ante sociedades constituidas principalmente, desde el estado y la política” (Garretón, 2000, 134).

Una lectura particular es que la sociedad civil que emerge en Chile en la década de 1980, es una sociedad civil cooptada, porque sus actuaciones son mediaciones de los partidos políticos para recuperar el Estado. La situación actual es bastante compleja, el rol identitario que históricamente asumió el Estado está siendo desplazado por el mercado. La pregunta que surge es ¿cómo pensar la sociedad civil con uno de sus actores sobredimensionados?: Los

empresarios (Larraín, 1996). Siguiendo a Garretón, “es probable que tampoco haya una sociedad civil distinguible sino “sociedades civiles” que correspondan a las diversas dimensiones de la sociedad, la agregación de las cuales no podría constituir un referente de comprensión de la acción colectiva de cada país” (Garretón, 2006, 150).

Lo que tenemos entonces, es una sociedad intervenida desde el Estado para permitir una transición política, a partir de una agenda negociada con la derecha y los militares. Por lo tanto la condición necesaria para el éxito de la transición y del “gobierno de transición” era la pacificación social. Para ello se desarrolló una represión selectiva que tuvo como propósito neutralizar la oposición más radical al modelo económico y cooptar al resto de la sociedad civil con la excusa de la protección a la democracia. Lo que auto limitó la manifestación de la disidencia (Barros, (s.f.), 4). “El primer gobierno de la Concertación Democrática decidió implementar una política de acuerdos y de consensos. El Estado asumiría el rol de articulador de los diversos ideales e intereses de la sociedad chilena, convocando según fuera el tema a las partes interesadas a deliberar y negociar hasta llegar a un acuerdo que el Estado ratificaría con su autoridad... Desde entonces y hasta ahora, los gobiernos democráticos dejan de convocar a la ciudadanía. A esto se agrega que el gobierno democrático y los partidos que lo apoyan reducen al mínimo la movilización política de sus electores” (Valdés, 1989, 26). La Polis capturada.

4. Conclusiones

Durante más de 17 años los neoliberales demonizaron el período “estatista” acusando al Estado de todos los males del país (reales y ficticios). Se consideraba que para “convertir a Chile en un país moderno, era necesario romper con los hábitos políticos, formados durante un período de cuarenta años y apartarse de una economía paternalista, dirigista y levemente feudal, hacia una economía de mercado, abierta al intercambio con el extranjero y libre de una

interferencia gubernamental innecesaria...” (Op. Cit. p. 26). De igual forma, durante este mismo período, las cúpulas que integran la “Concertación de Partidos por la Democracia”, demonizaron al mercado acusándolo de los males que el país vivía durante la dictadura, considerando al Estado como la panacea para los trastornos sociales y económicos. Las impresiones y percepciones de las cúpulas concertacionistas cambian radicalmente durante la década de los noventa, el mercado ya no es visto como un problema sino como la condición necesaria para establecer un “país moderno”. El Estado en cambio empieza a ser percibido como un peso. Más bien, algunos aspectos del estado referidos básicamente a políticas sociales. Los escenarios que se construyen desde la década de noventa han apuntado entonces a establecer una nueva relación Estado-mercado y a la construcción de nuevos sujetos sociales. Estas nuevas relaciones son las que han generado las condiciones para la captura de la Polis. La pregunta a resolver por las elites (o tal vez por el pueblo) será entonces, ¿Qué necesitamos como país, más Estado o más mercado, ciudadanos o consumidores; o la creación de nuevas ciudadanía?...

Destacamos, a modo de conclusiones, algunos aspectos acerca de este complejo proceso que comienza a decantar en la década de los noventa.

i) ¿Cuáles son las condiciones de la sociedad chilena que permiten la instalación de diseños sociopolíticos de diverso cuño en periodos de tiempo tan breves? Pasamos en menos de treinta años, de la efervescencia de la revolución a la dictadura y de una dictadura a una democracia con “enclaves autoritarios” (Garretón, 2006). Parte de la respuesta estaría en ciertas características estructurales. En la sociedad chilena, habría una tendencia al orden, a la legalidad, -por lo menos en términos formales-. Probablemente como herencia de la hacienda, de nuestras estructuras sociales patriarcales, quizás como una manifestación del “peso de la noche”. “Un sociólogo latinoamericano decía que Chile era un país privilegiado para estudiar a Foucault, se podría decir por la hegemonía de los discursos de poder-saber en el campo social

económico y otros. Es así que el pensamiento y los modelos neoliberales, desprestigiados y cuestionados en toda América Latina, gozan en Chile de buena salud, y constituyen el sentido común de las elites. No se considera “políticamente correcto” hacer la crítica de la teoría y la modernización neoliberal, sea porque se la ve como la única vía posible a la modernidad y el desarrollo, sea porque se la considera inmodificable, y es mejor no hablar de lo que se cree que nada ni nadie puede modificar...” (Vergara; Elizalde, 2006). Los controles (Foucault, 1975, 175) se manifiestan principalmente en un plano simbólico. Hemos desarrollado una sociedad paranoica y obsesiva que ha generado complejos y variados mecanismos de “panopticismo” (Miller, 1993, 299). Para un eficiente funcionamiento el diseño sociopolítico establece “...todo un conjunto de técnicas e instituciones para medir, supervisar y corregir lo anormal con el objeto de aislar a los supuestos culpables y exorcizar la imaginaria amenaza de contagios, de rebeliones, de crímenes, vagabundaje, deserciones, de gente que desaparece y aparece, que vive y muere en desorden...”(Op. Cit., 34).

Marcuse plantea que en este tipo de sociedades (hoy, nuestro tipo de sociedad) los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir, la necesidad de un trabajo embrutecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la necesidad de modos de descanso que alivian y prolongan ese embrutecimiento, la necesidad de mantener libertades engañosas, o más bien de generar espejismos de libertad, una libertad de escoger entre marcas de fábricas y artefactos (Marcuse, 1968)

ii) Las negociaciones de la transición apuntaron a generar las condiciones sociales y políticas para sortear exitosamente el dificultoso paso de dictadura a democracia, sin embargo, como sabemos hasta el plebiscito del año 1988 la Concertación junto con ser antidictatorial era antiliberal (Garretón, 2006) pregunta que nos queda dando vueltas es ¿En qué momento la “Concertación de Partidos por la Democracia” se transformó en liberal?

Parte de la respuesta podría ser que la Concertación consideró como negativa la presión de la movilización social sobre el proyecto concertacionista, y de pronto, más peligrosa que la propia derecha para el éxito de la transición. Tal como había quedado demostrado, por ejemplo, en el caso Argentino donde la movilización social terminó anticipadamente con el gobierno de Raúl Alfonsín. Creemos que para las cúpulas concertacionistas, habría resultado más aceptable una democracia con fuertes enclaves autoritarios que una democracia al estilo de los sesenta.

Otra respuesta parcial se refiere al sentido político internacional de las dictaduras de derecha, como parte de una reestructuración del orden capitalista mundial y periférico (op. Cit.), lo que habría marcado el itinerario a “La Concertación”. En el desarrollo de las sucesivas administraciones de la coalición gobernante, -al decir de Garretón-, habrían existido una serie de hitos en los que se pudo haber modificado el modelo (op. Cit). ¿Por qué no se hizo?, debemos suponer que en el camino muchos de los integrantes de ésta coalición se convencieron de las “bondades del modelo”.

Parafraseando a Patricio Aylwin creemos que al igual que la “justicia en la medida de lo posible”, la democratización en Chile se hizo en la medida de lo posible. Utopía, demandas y reivindicaciones, prometidas y defendidas por la propia Concertación fueron sacrificadas en aras de la gobernabilidad. Los que se vistieron con ropajes neoliberales con el propósito de generar un “crecimiento con equidad” fueron finalmente atrapados por el disfraz, transformándose en neoliberales. Los que partieron conduciendo un modelo que sentían ajeno, terminaron administrándolo mejor que la dictadura. El manejo de los ritos, los gestos y los conceptos terminó persuadiéndolos que desde el neoliberalismo era posible construir una “patria buena y justa para todos”. Una democracia en la medida de lo posible.

iii) A partir de los cambios culturales experimentados desde la década de los noventa nos preguntamos por la pertinencia de la política. En este escenario ¿cuál es la influencia de la

política tradicional, y de los políticos en el armado que hacemos de nuestra vida cotidiana? Una pregunta similar la podemos hacer sobre los intelectuales. La impresión que nos queda es que esas preguntas son propias de la 'modernidad temprana', o de la 'modernidad media', pero no de la 'modernidad tardía' (Zúñiga, 2007)¹⁰³. Probablemente dejan de tener sentido. En un mundo extremadamente cambiante, donde podemos observar que una banda musical, un actor o un filme adquieren mayor importancia sobre las vidas cotidianas que las declaraciones de políticos o intelectuales. Una estrella del espectáculo nos orientará sobre como vestir, comer o vivir. Un equipo de fútbol resulta más importante en términos identitarios que un partido político. Una telenovela puede resultar más significativa para las vidas cotidianas de millones de personas que el anuncio de un ministro de hacienda

¿Qué sucede desde los noventa en Chile? Aparentemente la espectacularidad, lo kitsch, y la masividad se instala sobre lo "simbólico dramático" -una persistencia de nuestro ethos cultural que arranca al menos desde el siglo XVII-. Vemos entonces que en nuestro "fin de siglo" se conectan fenómenos coyunturales con procesos estructurales. Así como el "proyecto" de la modernidad ilustrada se reconfiguró a lo largo del siglo XX, asumiendo la forma de proyectos sociopolíticos mesocráticos o proyectos sociopolíticos neoconservadores. Desde fines del siglo XX el " 'proyecto' barroco"¹⁰⁴ se reconfigura en función de las transformaciones que sufre el ethos cultural. Los resabios de la "modernidad barroca" están presentes en lo que queda de las culturas campesinas y en las distintas manifestaciones de las culturas urbano-populares. La "modernidad ilustrada" y la "modernidad barroca" continúan en tensión, al igual que en el siglo XIX. Los

¹⁰³ Dentro del esquema de analítico que utilizamos, identificamos una 'modernidad temprana', asociada al inicio de la colonización simbólica ejercida por la escritura, la "escriturización" de la sociedad. La "modernidad media", asociada al despliegue de esta colonización; y la 'modernidad tardía', cuando de este proceso de colonización aun inacabado saltamos a un proceso distinto de colonización simbólica, la 'era digital'. En nuestra lectura la "modernidad tardía" marcaría la transición a una "era digital". Algunas de estas ideas las desarrollamos en: ZÚÑIGA, CARLOS (2007): "La Musa y el Ogro. Implicancias Socioculturales del Conflicto Oralidad-Escritura. Apuntes Sobre Chile". Artículo presentado en el Seminario "*Espacio público y ciudadanía*" del Doctorado en Proceso Políticos y Sociales en América Latina de la Universidad ARCIS.

¹⁰⁴ Siguiendo a Jorge Larraín, ya citado, la "modernidad barroca" permite conciliar los elementos como el ritual, la oralidad, el exceso y la ornamentación con la ciencia y la razón, se remite a la fundamentación dramática de la realidad y el apego a las costumbres y tradiciones (transmisión oral). En tanto la "modernidad ilustrada", descansa en un intercambio mercantil y está marcada por la importancia del texto escrito y la racionalización.

cambios en la cultura y el alejamiento de las manifestaciones políticas “tradicionales” (se trata más bien de manifestaciones política propias de la modernidad ilustrada) se relacionan, en nuestra opinión, con una reactualización de estas manifestaciones “barrocas”, que establecen una sintonía con los fenómenos masivos del siglo XX, básicamente nos referimos a los efectos sobre nuestra cultura de la radio, el cine y la TV (siguiendo un orden cronológico dado en el siglo XX). Lo que intentamos explicar es que en estos nuevos escenarios las manifestaciones políticas “ilustradas” empiezan a ceder espacios a nuevas manifestaciones políticas esta vez más cercanas a lo “barroco”.

El problema observado desde Chile y para Chile nos presenta una nueva tensión ethos/eidos (distinta a la tensión del siglo XIX) que, en nuestra interpretación, refleja la pugna entre las formas que asume el actual proyecto modernizador, heredero de la modernidad ilustrada que se intentó implementar en el siglo XIX (reflejada en las actuales políticas concertacionistas), y el “proyecto” barroco asociado a una diversidad de manifestaciones que, hoy por hoy, asume el “Chile profundo” (Zúñiga, s/f)¹⁰⁵. Dentro de estas manifestaciones disidentes con el proyecto oficial, ubicamos movimientos indígenas, ecologistas, feministas, etc.; pero además agregamos, a todo ese amplio espectro ubicado *fuera-de* (fuera de la normalidad, fuera de la ley y de la cobertura del Estado). Estigmatizados como anormales, marginales, pobres y delincuentes.

¹⁰⁵ “...El proyecto de los “rotos” que configuran distintas manifestaciones políticas o proto políticas marginales, intra o extrasistema. Dependiendo del tiempo y las circunstancias, vinculado a organizaciones vecinales, partidos políticos o distintas manifestaciones de bandidaje (otras formas de ¿Sociedad civil?). Se trata de organizaciones que se remontan a condiciones existentes desde el siglo XVII, como mecanismos de subsistencia de los excluidos, asociados a espacios de libertad: Chinganas, ramadas, ferias, etc. Donde se manifiesta una cultura plebeya bastante más dionisiaca que la rígida cultura que se intenta imponer desde el Estado. En el transcurso de los siglos XIX y XX la eficiencia estatal para el control social se hace manifiesta. La educación, la policía, la tecnología, etc., permiten capturar espacios y sujetos díscolos, incorporándolos en forma precaria al sistema organizado desde el Estado. En el transcurso del siglo XX los espacios “bárbaros” son cooptados con la ayuda del ejército, la policía, la educación (la escuelita rural). El avance del ferrocarril y los caminos permiten un control más eficiente sobre el territorio. Sin embargo, surgen otros espacios de resistencia frente al modelo social que intenta imponer el “Chile imaginario”: Las comunidades indígenas, las poblaciones de las grandes ciudades, etc. ...”. ZÚÑIGA, CARLOS “*La Influencia de la Hacienda en la Conformación del Estado y la Sociedad en Chile*” (Inédito).

iv) En el paisaje sociocultural que se configura en los noventa detectamos cambios en la política. Lo que no sabemos es si la magnitud de esos cambios afectará también lo político. Las transformaciones que impone la globalización, el debilitamiento del Estado nos lleva a pensar en nuevas relaciones de los distintos tipos de ciudadanía y el Estado (tal vez un nuevo Estado). El panorama que se abre es confuso. Frente a la configuración de un nuevo espacio, - el espacio virtual- ¿Estaremos frente a nuevas ciudadanía? El sueño de una tecnósfera integrada, tal vez “ciudadanía digitales” que regule de forma absolutamente distinta las relaciones entre los nuevos ciudadanos del mundo, la aldea global y sus nuevos dueños. La inquietud que nos queda es si la orientación central de lo político desde el siglo XVIII, la búsqueda del bien común, ¿tendrá sentido en los escenarios que se nos abren en el siglo XXI?.

Bibliografía

ACANDA, Jorge Luis (2002). *Sociedad Civil y Hegemonía*, La Habana, Ediciones Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

ARANCIBIA, P.; DE LA MAZA, I. (2003). *Matthei. Mi testimonio*, Santiago de Chile, La Tercera-Mondadori, págs. 406 y 407.

ARENDT, Hanna (1998). *La Condición Humana*, Barcelona, España, Editorial Paidós.

BARROS, Luis (s.f.): *Caracterización Histórica de la Sociedad Civil en Chile*, Manuscrito no publicado.

BENGOA, JOSÉ (1996): *La Comunidad Perdida. Ensayos sobre Identidad y Cultura: los Desafíos de la Modernización en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones SUR.

BOCIC, Yerco (2001). *El Rock chileno en los noventa ¿La banda sonora de la postmodernidad?*, Tesis para optar al título de Periodista y al grado académico de Licenciado en Comunicación Social, Universidad Mayor, Temuco.

BONFIL, Guillermo (1987): *México Profundo. Una Civilización Negada*, México, Secretaría de Educación Pública y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores. México D.F

CAVALLO, Ascanio (1992): *Los hombres de la transición*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

FOUCAULT, Michel (1975). *Vigilar y castigar*, Madrid, Editorial Siglo XXI.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995). *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos Multiculturales de la Globalización*, México, Grijalbo.

GARRETÓN, Manuel Antonio (2000). *Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el cambio de siglo*, Rosario Argentina, Homo Sapiens Ediciones.

_____ (1993). *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, Santiago de Chile, CESOC-LOM,

_____ (1994). "La evolución política del régimen militar chileno y los problemas en la transición a la democracia", en, O'DONELL, GUILLERMO; SCHMITTER, PHILIPPE y WHITEHEAD, LAWRENCE (1994): *Transiciones desde un gobierno autoritario, 2. América Latina*, Barcelona, Paidós.

GÓMEZ LEYTON, Juan Carlos (2004). *La Frontera de la Democracia. El Derecho de Propiedad en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones LOM.

_____ (2006). *Sociedad Civil y Ciudadanía en una Sociedad Neoliberal Avanzada. Chile 1990-2009* (Sin referencias).

IBÁÑEZ, Tomás (2001). *Municiones para disidentes. Realidad-verdad-Política*, Barcelona, Gedicea.

LARRAÍN, Jorge (1996). *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

MARCUSE, Hebert (1968). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Editorial Joaquín Mortiz, México.

_____ (1983). *Eros y Civilización*, Madrid España, Ediciones SARPE.

MILLER, James (1993). *La pasión de Michel Foucault*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

MOULIAN, Tomás (1997). *Chile Actual: Anatomía de un Mito*, Santiago de Chile, Ediciones LOM, ARCIS.

MORANDÉ, Pedro (1984). “*Cultura y Modernización en América Latina. Ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación*”, Santiago-Chile, en Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

O'DONELL, G., **SCHMITTER** P. y **WHITEHEAD**, L. (1994): “*Transiciones desde un gobierno autoritario*”, 2. *América Latina*, Barcelona, Paidós

PAUCHARD, Héctor (1993). *Interacción Personal y Relaciones Humanas. Teoría y Aplicación*, Temuco- Chile, Ediciones de la Universidad de la Frontera

RODRÍGUEZ, Andrés (2001): “*Las Industrias Culturales*”, en, GARRETÓN MANUEL ANTONIO (Coordinador) *Cultura y desarrollo en Chile. Dimensiones y perspectivas en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

VALDÉS, Juan Gabriel (1989). *La Escuela de Chicago: operación Chile*, Argentina, Grupo Editorial Zeta.

SUBERCASEAUX, Benjamín (1939). *Chile o una contribución a la realidad*, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag.

ZÚÑIGA, Carlos (2007). “*La Musa y el Ogro. Implicancias Socioculturales del Conflicto Oralidad-Escritura. Apuntes Sobre Chile*”. Artículo presentado en el Seminario “*Espacio público y ciudadanía*” del Doctorado en Proceso Políticos y Sociales en América Latina de la Universidad ARCIS, (inédito, manuscrito sin publicar).

ZÚÑIGA, Carlos (inédito). “*La Influencia de la Hacienda en la Conformación del Estado y la Sociedad en Chile*” (inédito, manuscrito sin publicar)

ZÚÑIGA, CARLOS (s/f). “*La Influencia de la Hacienda en la Conformación del Estado y la Sociedad en Chile*” (Inédito, manuscrito sin publicar).

Referencias Electrónicas

DELEUZE, Gilles. *Posdata sobre las sociedades de control*, en, <http://www.forum-global.de/soc/bibliot/d/deleuze.htm>.

(Consultado en Junio de 2005).

FLISFISCH, Angel (1994): “La gestión estratégica de un proceso de transición y consolidación: el caso chileno”, en, *Proposiciones Vol.25*, Santiago de Chile, Ediciones SUR 1994. Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=676>.

(Consultado en Junio 2008), pp. 18

GARRETON, Manuel Antonio (1990): “La redemocratización política en Chile. Transición, inauguración y evolución” CEP 41, pág. 106 (versión digital) en, http://209.85.165.104/search?q=cache:jFo_xjj9KNoJ:www.cepChile.cl/dms/lang_1/doc_1332.html+%E2%80%9CLa+redemocratizaci%C3%B3n+pol%C3%ADtica+en+Chile.+Transici%C3%B3n,+inauguraci%C3%B3n+y+evoluci%C3%B3n%E2%80%9D&hl=es&ct=clnk&cd=1&gl=cl

(Consultado en Enero de 2007),pp. 107-114.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO (2006). “Sociedad civil y ciudadanía en la problemática latinoamericana actual”, (versión digital) en, http://www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/07_08_06/ciudadania.pdf, pág. 147.

(Consultado en enero del 2007).

GARRETON, Manuel Antonio (2006): “Reflexiones sobre la democratización política Chilena” en, http://www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/07_08_06/Brazil.pdf (Consultado en Enero de 2007).

HUNEEUS, CARLOS, “Malestar y desencanto en Chile. Legados del autoritarismo y costos de la transición”, en, <http://www.desarrollohumano.cl/textos/debates/Chuneus.pdf> . (Consultado en Mayo de 2008).

MARTÍNEZ, Javier (1994): “Cuatro falacias sobre la transformación Chilena”, [Artículo]. En, *Proposiciones Vol.25*. Santiago de Chile, Ediciones SUR, 2003 . Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=341>.

(Consultado en Junio de 2008)

MINSAL (1999): “Las enfermedades mentales en Chile, magnitud y consecuencias”, en, http://www.rostrosnuevos.cl/portal/files/u1/Informe_Epidemiologia_2.doc

(Consultado en Junio de 2008).

PNUD, “EL impacto de los Informes de Desarrollo Humano del PNUD en Chile”, en, <http://www.pnud.cl/prensa/noticias-2006/18-10-2006-impacto-idh-1996-2005-completo.pdf>

(Consultado en Junio de 2008).

SALAZAR, Manuel, “La ruta del camaleón”, en, <http://www.puntofinal.cl/572/correa.htm>

(Consultado en Enero de 2007).

VASCONI, Tomas Amadeo, “Las Ciencias Sociales en América del Sur y Chile”, Universidad ARCIS, Centro de investigaciones Sociales, en, <http://sociologia.universidadarcis.cl/sitio/images/stories/doctos/vasconi.pdf>.

(Consultado en Marzo de 2007).

VERGARA, Jorge y **ELIZALDE**, Antonio: “Descentramiento y nuevas miradas” en, <http://www.revistapolis.cl/3/prolo3.doc> [Consultado en Mayo de 2006].

VERGARA ESTÉVEZ, Jorge, “La experiencia Chilena de las privatizaciones”, en, <http://firgoa.usc.es/drupal/node/20252>.

(Consultado en Mayo de 2008).

VICENTE, Benjamín, et. al. “Prevalencia de trastornos psiquiátricos en Latinoamérica: revisión crítica”, en, http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502005000400004&lng=es&nrm=iso

(Consultado en Junio de 2008).

ZÚÑIGA, Carlos, “La instalación del modelo neoliberal en Chile. La imposición de un nuevo diseño sociopolítico”, en, www.schola.es.tl

(Consultado en Mayo de 2008).